

Primera Parte: Comprender Nuestras Relaciones

Capítulo 3: Convivencia

El camino del desenvolvimiento espiritual es un proceso continuo de profundización de las relaciones.

Los seres humanos vivimos en relación. Nos relacionamos de un modo u otro con nosotros mismos, con los demás, con el mundo, con la totalidad del universo. Vivimos una relación orgánica, pero inconsciente, con la tierra. Entablamos relaciones con las personas. Y, en una perspectiva mayor, somos parte indisoluble e inseparable del universo.

Pero, por lo general, no reconocemos nuestras relaciones. Solemos tener conciencia de sólo algunas de ellas, en especial de las que entablamos voluntariamente.

Nos unimos a Dios a través de las almas, de todas las almas. Abrazamos el cosmos si incluimos todas sus manifestaciones. Alcanzamos lo infinito sólo integrando lo finito. Sin embargo, cuando buscamos el

desenvolvimiento espiritual, con frecuencia no sólo no tenemos conciencia de nuestras relaciones, sino que también tenemos poca comprensión de cómo vivir bien con otros, aun en los aspectos más elementales.

La convivencia es un arte que necesita ser cultivado. Los seres humanos siempre hemos soñado con la sociedad perfecta y hemos imaginado innumerables utopías. Pero ningún cambio de organización, por sí mismo, puede producir una sociedad mejor si no aprendemos a generar relaciones conscientes y armónicas.

A veces pasamos por alto este hecho fundamental y nos proponemos vivir una vida “espiritual”, como si nuestra vida individual fuera algo separado del resto de la humanidad. Olvidamos que el desenvolvimiento espiritual es posible cuando está vinculado con el desenvolvimiento de todos, y cuando profundizamos nuestras relaciones.

La tradición espiritual que heredamos de todas las grandes religiones nos enseña los primeros pasos necesarios para un mínimo grado de relación humana: no matar, no dañar. Es decir, tener el suficiente control de uno mismo como para no causar daño a otros. La tradición espiritual también enseña la práctica de las virtudes que nos ayudan a aceptar al vecino: tolerancia, paciencia, compasión. Pero nosotros aún no hemos aprendido realmente a vivir estas enseñanzas, a pesar de que sus estándares morales marcan simplemente el comienzo de una relación humana básica. Una vez dados estos primeros pasos, aún necesitamos encontrar el modo de vivir una relación de amor profundo con los demás.

Cuando tomamos conciencia del pobre estado de nuestras relaciones, hacemos el esfuerzo de retirar toda barrera que podamos haber creado entre nosotros y los demás. Trabajamos para dominar nuestras expresiones

personales —gestos, palabras, actitudes— y hacemos lo posible para que no sean elementos de separatividad. Buscamos ese nexo que vincula armónicamente a una persona con otra, a cada individuo al grupo, a cada grupo a la gran sociedad humana. Por medio del autocontrol y de la integración armónica con otros, entablamos un vínculo espiritual indisoluble entre nosotros y los demás.

Entonces descubrimos que para que nuestra vida espiritual sea posible necesitamos trabajar para hacer posible una convivencia armónica, ya que ésta es el punto de partida para alcanzar la unión con Dios.

Nuestra tarea, entonces, es armonizar nuestras relaciones. ¿Cómo sabemos cuándo nuestras relaciones son armónicas? Reconociendo un hecho muy simple; cuanto más armónica es una relación, menos obvia resulta. Cuanto más armónicas son nuestras relaciones, más espontáneas y naturales aparecen.

Las relaciones destructivas, en contraste, son siempre obvias: la ira, los gestos exagerados, los enfrentamientos físicos, la ironía y los insultos no dejan dudas de que se ha entablado una relación, desde luego, negativa. Una relación genuina, profunda, es discreta porque ningún estallido perturba su armonía.

Desenvolver relaciones conscientes y armónicas es participar espiritualmente con todos: el arte de la convivencia.